

LOS LIBROS

Antología, Panorama e Interpretación

ESPAÑA VISTA POR LOS ESPAÑOLES

Por Juan REJANO

Jorge Simmel. — Problemas Fundamentales de la Filosofía. — Versión española por Fernando Vela. — "Revista de Occidente". — Madrid, 1946. — 207 pp.

Conocíamos a Simmel como agudo ensayista de problemas sociológicos y culturales. Dos de sus libros antes publicados en la "Revista de Occidente", han hecho familiar su nombre a los lectores de habla española. Simmel nació en Berlín en 1858, y profesó la cátedra de filosofía en la Universidad de esa ciudad desde 1901. En 1913 Simmel fue llamado a Estrasburgo, donde murió en 1918. Este libro hoy publicado en castellano lo escribió durante su estancia en Estrasburgo; es, pues, uno de los últimos ensayos de su vida.

Si se repara en la fecha de aparición del ensayo, de inmediato se concluirá la tendencia general que le domina. Desde el prólogo se nos advierte que esta pequeña introducción a la filosofía es un camino no frecuentado por las exposiciones clásicas. En efecto, se desatiende voluntariamente de la estructura puramente racional de las filosofías para buscar las motivaciones que dieron origen a los filosofemas conceptualmente expresados. Como es sabido, esta es la dirección pesquisadora que han habitualizado los historicistas; pero en Simmel, la investigación de aquellas motivaciones no atina a señalar precisamente que han de encontrarse en las circunstancias o situaciones históricas en que han surgido cada uno de los sistemas filosóficos, por lo cual se pierde su reflexión en un tortuoso camino que no sale bien a bien de la psicología, ni hace un llamado franco a la historia. De aquí la insuficiencia radical de esta introducción a la filosofía para los puntos de vista contemporáneos.

El libro consta de cuatro ensayos, de una extensión sensiblemente igual. El título de ellos es el siguiente: "¿Qué es la filosofía?", "El Ser y el Devenir", "Sujeto y Objeto", y "Las exigencias ideales".

El más importante es sin duda el primero, ya que en él se contiene el esbozo de una solución del problema del sujeto que hace la filosofía, que hoy por hoy parecen haber adoptado algunos filósofos contemporáneos.

Definir al sujeto que hace filosofía es cuestión que lleva de inmediato, a ciertos callejones sin salida. Si se concibe a la filosofía como ciencia, el sujeto no puede ser personal, sino abstracto y lógico, como la conciencia general de los filósofos de la escuela de Marburgo. Si por otro lado se la concibe como confesión personal, el sujeto se viene a convertir en un ente peculiarizado psicológicamente que lo lanza fuera de la ciencia y lo transporta qué-ráse que no a la literatura. Resulta entonces ese tipo de filosofía que llaman festivamente los franceses "philosophie és lettres". "Debe haber —nos dice Simmel— en los hombres un tercer elemento tan distante de la subjetividad individual como del pensar lógico-objetivo, válido para todos. Este tercer elemento tiene que ser el suelo en que arraiga la filosofía; más aun: la existencia de la filosofía exige como su presuposición que exista este tercer elemento". Y Simmel propone que a este tercer elemento se le llame el tipo, ya que lo típico de nuestra mentalidad no es un contenido individual y subjetivo, sin ser por ello una objetividad.

El planteamiento del problema es lo único que puede tener vigencia en la filosofía contemporánea. La solución que propone Simmel, es, si no falsa, por lo menos muy vacía de contenido, y muy necesitada de interpretación. Ese famoso tercer elemento, ese tercer hombre, es si no nos equivocamos, lo que hoy se llama la existencia. El que Simmel no haya podido concretar este concepto, y que en sus páginas ni siquiera se barrunte su posibilidad hay que atribuirlo al tiempo en que fué escrito este ensayo; pero también debemos conceder que si no se veía el camino por lo menos el problema ya se podía plantear. En este sentido creemos es precursor el ensayo de Simmel.

Emilio URANGA



A España y a los españoles se les ha "visto" —quiero decir se les ha estudiado, literariamente hablando— desde distintos y múltiples ángulos. De buscar necesariamente una síntesis, yo diría que, entre esos ángulos, los esenciales han sido el doméstico y el extraño. El de dentro y el de fuera. Desde dentro, desde la propia España, los españoles han producido una copiosa literatura buscando su fisonomía, el espejo y el alma; buscándose a sí mismos. Puede decirse que, a partir de los siglos XVI y XVII en que los más agudos espíritus españoles comienzan a darse cuenta de la decadencia de su patria, casi no hay escritor o pensador de cierto rango que no se haya hecho estas preguntas: ¿Qué es España? ¿Qué somos los españoles?, ni tampoco que haya dejado de procurarse —y de procurar a los demás— una respuesta, que es tanto como decir una interpretación de lo español.

Pero ha sido de fuera, sobre todo por lo que respecta a los tiempos modernos, de donde España ha recibido luces más vivas y esclarecedoras acerca de su ser mismo. En nuestros días, ciertas corrientes revisionistas de lo español están demostrando que, en ese género de interpretaciones denominadas —un poco peyorativamente— "españoladas", se albergaban no pocos atisbos de honda, y acaso definitiva, penetración. Y es curioso que este mismo fenómeno, tan abundante en la literatura, se diera también, durante el siglo XIX, en la música. Aludo a lo que para su propia identificación en el área de lo musical halló España en algunas sensibilidades no españolas. Recordemos, de pasada, unos cuantos nombres, esto es, unos cuantos ejemplos característicos: Glinka, Bizet, Rimsky-Korsakov, Lalo, Chabrier, por no citar más. Todos ellos se asomaron a lo español y descubrieron considerables porciones de nuestra geografía espiritual que estaba "inédita" o, cuando menos, velada para nuestros ojos.

Por lo que se refiere concretamente a los viajeros literarios o que inspiraron una literatura sobre España, la nómina es extensa, y sus resultados, en muchos casos, felices. No vamos a entrar aquí, naturalmente, en detalle. Bastará a la memoria fijar, por ejemplo, aquel día de 1466 en que se entraba por los páramos castellanos un barón bohemio —Rozmihal— seguido de una nutrida escolta, buscando la corte de Enrique IV, viaje del cual dejara constancia en sus relaciones Gabriel Tetzeli; y aquel otro en que el embajador Navagiero trajera a España —¡horas embriagadoras de Granada!— los acentos de la lira toscana, transmitiéndolos a Boscan y, de rechazo, a Garcilaso, para llegar al romanticismo, y al pintoresquismo de Gautier, Dumas, Merimée, Quinet, Washington, Irving, Borrov y algunos escritores rusos, y comprobar que, a lo largo de ese tiempo, España fue el punto de atención de los mejores espíritus de Europa. Tipos, costumbres, paisaje, folklore, incluso algún que otro chafarrín hiperbólico, fueron grabándose en sus retinas, que, al desahogarse después en el sosiego de la recreación, produjeron verdaderos destellos, a veces cegadores. Y otro tanto —como queda dicho— hicieron los de casa. Otro tanto intentaron y reflejaron en sus páginas incontables españoles, sólo que sus impresiones por ser precisamente de ellos y como no podía suceder de otro modo, aún no han hallado la línea de armonía que las haga coherentes; aún siguen siendo tan dispares —en la apreciación y en la conclusión— como si se tratara de problemas distintos.

España y los españoles —repito— han sido objeto de multitud de interpretaciones. Ahora, Ceferino Palencia, escritor y pintor, es decir, doble espectador inteligente, nos regala, desde el destierro, con un hermoso libro —"España vista por los españoles"— que es una antología aérea de resplandores brotados en torno a aquella tierra. Y, aunque ese carácter antológico del libro pudiera situarlo en el primero de los ángulos que yo insinué al comienzo, la condición especial de desterrado del compilador le otorga, en este caso, un privilegio, un interés extraordinario: el de presentar una España que, no obstante estar vista por dentro, está por fuera soñada en horas de agónica nostalgia. Porqu —la labor de Ceferino Palencia en estas páginas no se reduce, ni mucho menos, —y ya es tarea enorme— a la búsqueda de materiales, textos, grabados, y a la selección y disposición rigurosas de los mismos, sino que abarca a la creación de los enlaces sensibles entre unos modelos y otros, entre unos autores y otros, y llega a más: imprime a toda la obra —a través de esos mismos enlaces, del extenso y bien ordenado prólogo que la preside, y de unas reflexivas palabras de epílogo— una emoción, un sentimiento amoroso, unas virtudes de percepción y de expresión que hacen de ella un libro singular. Cada región, cada provincia tiene su asiento adecuado; cada lugar notable, el trazo que lo destaca; y todo el conjunto está apoyado por los mejores textos que van de Jovellanos a los autores más jóvenes de nuestros días.

Las mil páginas escasas de que se compone "España vista por los españoles"— libro en el que la Editorial "Almendros y Vila" ha puesto sumos cuidados de ornamentación e impresión— son otras tantas emociones para cualquier lector español o amigo de España y, sobre todo, para aquel que, lejos de la patria, la recrea a diario en su corazón. A través de su lectura, así como de su riquísima iconografía, se aprende a conocer mejor el viejo suelo peninsular, pero, además, a amarlo y a merecerlo con la verdadera pasión que dignifica al hombre.

Eugenio Trueba, Alfonso Prado y Manuel de Ezeurdia: TRES CUENTOS.

Un humilde folleto editado por la Imprenta Universitaria de Guanajuato, nos pone en contacto con tres cuentistas de provincia: Eugenio Trueba, Alfonso Prado y Manuel de Ezeurdia, quienes presentan en un solo haz, un cuento cada uno, ilustrados todos, con acierto, por Luis García Guerrero.

Los dos primeros nombres de los autores nos eran del todo desconocidos, lo así el del tercero, pues con cierta frecuencia en "Letras de México" supimos de sus actividades en el mundo de las letras.

En el primero de estos tres cuentos: "El Hoyanco", Eugenio Trueba trata un tema tan trivial como lo puede ser la existencia de un agujero abierto en la calle principal de un pueblecillo "del interior", y que le sirve al autor para narrar con dotes de observador las peripecias a que da lugar el tal hoyanco, encadenándolas graciosamente con la actividad política de los caciquillos pueblerinos.

Es todo el asunto, y acaso por ello, es tan breve la narración, que, por cierto, pudo haberla entretendido su autor con otras anécdotas para darle mayor volumen.

El segundo cuento: "El Burócrata", es la narración del proceso psicológico de un empleado que quiso ser escritor y que preocupado por tal deseo descuidó todo: trabajo, presentación, amistades, etc., y llega hasta el crimen para justificar las motivaciones de su vocación.

También el tema pudo haber sido explotado mejor, dándole mayor extensión. "Una Historia Mortal" que es el tercer cuento del volumen, muestra a su autor, Manuel de Ezeurdia, como un buen cuentista. Tiene imaginación, trazo exacto y colorido.

Ahora que la industria cinematográfica anda tan urgida de argumentos para realizar buenas películas, Ezeurdia podría retomar su tema, ampliarlo lo suficiente, redondear la aventurilla de sus personajes, y utilizarla como pie para un buen argumento.

Raúl Ortiz Avila

ESTAMPAS DEL MUNDO ROMANICO
Carlos Vossler.—Espasa-Calpe Argentina, "Colección Austral" Cuentos populares de Castilla, recogidos por Aurelio M. Espinosa, hijo.—Espasa-Calpe Argentina, "Colección Austral".

Entre los libros que en los últimos meses de 1946 publicó la editorial Espasa-Calpe Argentina en su "Colección Austral", figura uno de Carlos Vossler, ilustre filólogo y crítico alemán que ha dedicado su fructuosa vida al estudio de las culturas y las literaturas románicas y particularmente de las españolas. El libro a que ahora me refiero se titula Estampas del mundo románico, y entre los ensayos que contiene, todos muy interesantes por el caudal de sabiduría y la madurez de juicio crítico que en ellos ha puesto el autor, quiero destacar dos que tratan asuntos hispanoameri-

canos. Poesía épica y sentimiento nacional en Argentina dice el título de uno, y el otro es una Charla sobre Cuba. El primero estudia un personaje legendario en las Pampas, el gaucho payador Santos Vega, que Rafael Obligado convirtió en alma de su poema más conocido, y que anda por la poesía argentina desde que en 1838 le Jidió otro poema Bartolomé Mitre, poeta distinguido, gran periodista, fundador del diario La Nación, político liberal que fue presidente de aquella República, e historiador notable de su patria. En la vida del gaucho payador, finete inatigable a través de las inmensas llanuras, siempre enamorado y admirable improvisador de canciones melancólicas o apasionadas, Mitre y Obligado insuflaron una intención política y Santos Vega ha venido a convertirse en la expresión personalizada del alma argentina, simbolismo en que alterna fraternalmente con otro gaucho errabundo y romántico que todos conocemos: Martín Fierro.

En la Charla sobre Cuba nos transmite Vossler la impresión que le produjo la isla encantada en una visita que no llegó a dos meses. "En un cuento de hadas —dice—, víctima de una especie de maravilloso encantamiento he vivido durante siete semanas todo el tiempo que he pasado en la isla de Cuba". Pocas páginas le bastan al autor para dibujarnos una imagen seductora de la naturaleza y el hombre cubanos, del paisaje y las costumbres, del campo y de la ciudad. También la mezcla de razas y culturas que allí, como en un crisol, se funden y asimilan, es motivo de ciertas observaciones, la última de las cuales señala el carácter propio e inconfundible de las gentes cubanas, que no se parece al del influyente norteamericano, ni al del español, ni siquiera al de otros pueblos iberoamericanos. La fisonomía espiritual del cubano "tiene una expresión propia, con rasgos, a la vez, infantiles y conscientes, naturales y cargados de experiencia. En ella aienta una mezcla inimitable de ligereza, retzona agudeza y melancólica seriedad".

A quienes se interesen en los temas generales de la poesía y la cultura, nunca se les recomendarán bastante tres de los estudios que contiene este libro: Mallarmé y los suyos, Mentalidad y poesía simbólica en la Edad Media y en nuestros días. La ilustración medieval en España y su transcendencia europea. Son tres estudios magistrales muy ricos en enseñanzas, orientaciones y sugerencias.

También es de la "Colección Austral", Espasa-Calpe Argentina, un precioso libro que se titula Cuentos populares de Castilla. El material que lo integra fue recogido y ordenado por Aurelio M. Espinosa, hijo. En una nota de semanas pasadas reseñé dos tomos de cuentos mexicanos editados por Nueva España, S. A. Esos cuentos de México son obra de autores bien conocidos de todos los aficionados a la literatura. Los cuentos que en el citado libro nos ofrece Espinosa hijo son cosa muy distinta. En primer lugar, no tienen padre conocido, quiero decir que son cuentos tradicionales anónimos de estirpe muy antigua y viven en las capas profundas de la memoria de los pueblos, como las canciones, como los romances, a manera de estratos culturales que han quedado cubiertos por estratos más recientes que el transcurso del tiempo ha ido depositando sobre ellos. De la memoria profunda del pueblo castellano ha extraído el recolector los cuentos que forman esta colección de que hablamos. Parte del año 1936 lo dedicó Espinosa, que reside en los Estados Unidos, a recorrer las provincias españolas de Castilla la Vieja en busca de tales documentos. Y encontró muchos, puesto que llegó a reunir más de quinientas versiones, de las cuales seleccionó setenta y dos para el libro que reseñamos. Este material es de máximo interés para todos los folkloristas del mundo, porque el cuento, como una ligera aveilla literaria, vuela de una parte a otra y en todas hace nido, por lo cual muchos relatos que son populares en España lo son igualmente en casi toda Europa. Para los folkloristas hispanoamericanos ese interés sube de punto, porque con los españoles que colonizaron estas tierras vinieron canciones, danzas, romances y cuen-

— Sigue en la —

